

EN TORNO A SHAKESPEARE

POR

Eugenio Orrego Vicuña

A Luz Orrego de Larraín

I

SIEMPRE que medito en el Quijote va mi pensamiento al creador de Hamlet. ¿Qué extrañas afinidades les unen y qué azar les hizo coincidir en el tiempo? Con Cervantes las letras castellanas alcanzaron una cumbre que para todas las generaciones posteriores ha continuado inabordable; con Shakespeare, la lengua inglesa llegaba a su culminación como instrumento expresivo en el dominio de lo poético, y el teatro universal reconocía al maestro por excelencia. En el Ingenioso Hidalgo, la obra que después de la Biblia ha alcanzado mayor número de ediciones en todos los tiempos, países y lenguas, el príncipe español reunía dos tipos básicos, colocándolos en escenario y expresión tan humanos que, dentro de medidas distintas y no equiparables, uno y otro encerraban lo esencial del hombre. Don Quijote, al ascender en el Clavileño vivo de su lanza, nunca rompió esas conexiones oscuras que atan a la materia aun a los espíritus más altos, ni Sancho el bueno perdía en el molimiento de manteos y palizas esas vislumbres de alba que espejean hasta en la sombra más densa. ¿Dónde estaba lo turbio, lo puerco, lo estólido que tan pródigamente señala el camino de los hombres? No en amo y escudero, con locura de cruzados, abierta y tremante en el uno, contagio y bondad natural en el otro, sino en el coro, en los personajes que llenan los caminos de la novela, como el fondo mismo de toda vida. Don Quijote y su compañero van por el mundo bajo la advocación de Ariel, pero por doquiera les abate la sombra de Calibán. Calibán es el hombre genéricamente; Calibán es el mundo todo. Antes que Don Quijote, a cada fonda bautizada de castillo ha llegado Calibán. Calibán empuja el aspa de los molinos y pone las piedras en manos de los que van a remar a galeras; monta en los lomos del hombre y en las manchas de su espí-

ritu como el Hidalgo en Rocinante y Sancho en su Rucio. Allá va el hombre con sus pasiones, no en exceso malas, sino simplemente humanas. Frente a él, con algo de invitación, de bandera y de espejo, está Don Quijote, y su lanza apuntada a lo alto tiene intenciones de lábaro.

Bolívar, nuestro Bolívar, cuando sentía en Santa Marta las prisas finales, dijo a su huésped español, mirando un ejemplar de Cervantes, esta frase que sólo es exacta parcialmente: «—Sancho, he ahí el hombre tal cual es; Don Quijote, he ahí el hombre tal cual debiera ser». Pertenecía Bolívar a la familia del Manchego, pero no eran precisamente deudos inmediatos de Panza los que le traicionaron y dieron en tierra con la obra de su vida.

Podría sí decirse que Hamlet, Otelo, Yago y Shylock, con otros tipos fundamentales, sintetizan al hombre. En Hamlet, extraño, egoísta, refinado, puente entre el personaje símbolo y el ente puramente real, se mezclan impulsiones superiores, junto con sus vacilaciones, con el eterno oscilar y el querer ser y el no atreverse, con sus perpetuas angustias y sus agonías, su magnanimidad y miseria. (Don Quijote, a quien erradamente lo emparentan, se ha desprendido de mucha parte del fardo de la materia, y su lanza indica principios y modos de ser y convivir cuya justicia conocemos, sin sentirnos capaces de seguirlo; Hamlet, con haber alcanzado alturas de sacrificio, está más cerca de lo común humano).

Por otra parte, ¿tienen las mujeres en Shakespeare parecida vitalidad y están tratadas con el mismo conocimiento hondísimo de corazón humano que se advierte en los tipos de hombre? Arduo asunto para disquisiciones eruditas. Tal vez, con haber sido vistas y analizadas en medida shakesperiana, no llegan a la altura imaginada. Sin embargo, hay algunas, como Lady Macbeth, en que está clavada la garra, toda la garra. De las más famosas—Ofelia, Desdémona, Julieta, Cordelia...—cabe repetir, con algún crítico agudo, que sobresale en ellas una suerte de «honestidad intrépida». Mujeres de amor, nacidas para el amor, sufren su destino y constituyen más bien objeto que sujeto de las pasiones que las subyugan y aniquilan. La fuerza trágica obra a través del hombre. Pero en la mujer de Verona, en quien la «honestidad intrépida» pareciera acentuarse, el destino mismo, el fatum, actúa de modo directo: Bajo las apariencias de su compañero, en que

domina lo delicado, ¿no cabría adivinar los rasgos de Henry Wriothesley?

Millares de páginas han inspirado las heroínas de Shakespeare, *millares* han de inspirar todavía, porque lo eterno femenino encuentra en él, mas que el sicólogo, con ser éste difícil de superar, el poeta, que es del todo insuperable. Si se me preguntara cuál de sus mujeres prefiero, dejando de lado la admiración de hombre del oficio, que acaso pudiese inclinarme a Lady Macbeth, no vacilaría en señalar a Julieta. A pesar de esa renovada profanación que le significa el éxtasis de los cursis del mundo, porque la cursilería internacional y seudorro-mántica se adueñó hace siglos de la pobre Julieta, veo en ella un como clamor de la primavera humana, una nota de amor tan sutil, tan exquisitamente modulada, que factor alguno puede ser parte a destruir el milagro de frescura matinal que emana, de alba hecha carne y sentimiento y sensación y color. Cada vez que pensemos en la escena del balcón volverán a florecer los veinte años en algún sitio nuestro que está al margen del tiempo.

El maestro recogió en sus tipos protagónicos todos los matices de lo que pudiera llamarse el alma femenina, mas no dió la extensión necesaria a lo puramente maternal. No es que falte en su obra el grito materno que escapa como una maldición de la entraña herida, o como susurro para acariciar o alarido para defender; sino se echa de menos la heroína de una pieza en que habitara la maternidad en expresiones esenciales, en postura literaria y escénica dominante. ¿Existió tal vez esa heroína y no ha llegado hasta nosotros?

Repetir que Shakespeare alcanza supremacía absoluta en el teatro humano, por su hondura, por su percepción exhaustiva de sentimientos, rasgos y actitudes, por su penetración verdaderamente mágica de todos los resortes que mueven los pasos del hombre como las cuerdas que el titiritero anima, no constituye ciertamente novedad. Acaso poeta alguno ha logrado despertar mayor interés, más inquietud en los escritores de rango, y por centenas podría contarse el número de ensayos acerca de su vida y obras. Los temperamentos más disímiles, desde Hugo en prosa pomposa de hirviente lirismo a Turguenev, que cuenta entre los más sutiles analistas de Hamlet, forman en la legión de ingenios asidos a su túnica como a un faro sobre el

tiempo, mostrando que los altos espíritus pueden identificarse con las masas en climas sólo inaccesibles a la medianía.

Acerquémonos un poco a Hamlet.

El príncipe de Dinamarca—en quien algunos médicos literatos creen percibir un «caso»—tiene en España cierto pariente lejano, estudiado por Calderón en la más popular de sus obras: *La vida es sueño*. Segismundo podría constituir otro «caso» y sin menor propiedad, pues que en él la locura fué más cierta que fingida. Ajenos temores y pasiones lo dominan, llevándolo como de la mano y siempre por medio de cuerdas a través del sueño aparente que encubre ese otro sueño real de la vida no vivida. Sueña Segismundo que es rey y acaba por soñar que está soñando. Hamlet esconde en el ropaje de lo fingido la locura real que le roe las entrañas y le permite sondear los abismos con una luz que el común nunca llegaría a concebir. La locura de Hamlet no entra en las listas de la siquiatria, que tienden a aumentarse infinitamente. ¿Quién sino Shakespeare podría definirla? ¿A qué otra pluma pudiéramos pedir aclaraciones suplementarias que llegasen a satisfacerlos? Con Shakespeare se tocan límites...

A propósito de universalidad, cabría buscar en el teatro sin fronteras otros nombres, no a caza de parangón, porque cada grande es grande en sí más que en relación a otros, sino para ver modo de contemplar alturas. Puede invocarse el recuerdo de Goethe, cuyo *Fausto* crea símbolos o los descubre—descubrir es crear—en sentidos que dentro de cierto orden de ideas no se apartan mucho de Cervantes. Mas para alumbrarlos, sin especial preparación, se requiere tanta luz como la que él mismo pedía. En España (siempre los de Sudamérica, hemos de tornar los ojos a España) encontramos a un maestro antiguo y a otro moderno que se dan la mano entre bastidores: el autor del *Gran teatro del mundo* y el de *Los intereses creados*. El primero, sin agravio del poeta de *La estrella de Sevilla*, que más que dramaturgo fué admirable poeta, aun cuando conociera a fondo los recursos de la escena, llegó a tratar con perfección temas de interés universal, cortando tipos y caracteres en la tela misma de la vida; sobresalió en temas y escenarios y encarnó en el ánima recia de un alcalde de Zalamea cierto símbolo que parece haber captado no sólo una de las características más acusadas de su raza, sino del hombre mismo en su

esencia, cuando el hombre logra aflojar un poco los hilos que lo mueven.

De Benavente—respetando distancias que abarcarán mejor que nosotros los críticos de generaciones posteriores, si es que tienen tiempo y lugar—vale decir que es el único autor dramático de la España contemporánea que ha logrado cierta categoría universal. Muchos pueden ser sus defectos, aparte de la fecundidad, que no lo es si bien se mira, pero supo plantar un hito en la tragicomedia de Crispín y Leandro y hasta forjar un tipo femenino de sustancia en su Raimunda de *La malquerida*, más sólido que el de *Señora ama*. Es posible que Benavente tomara el asunto de su drama principal de otros ajenos, al modo que, en escala más alta, el inglés hurgó en los escritos de Plutarco para lo histórico, en Bocaccio y hasta en François de Belleforest, olvidado escritor galo, cuyas *Histoires tragiques* le suministraron, según parece, el tema de *Hamlet*. Mas ello, ¿qué significa? El acervo literario del mundo está a disposición de todos, y ya pueden gloriarse garzas y pavos reales de que sus mejores plumas brillen en la vestidura de los príncipes.

Hubo influencias notorias en él, no cabe duda, y fueron parte a su propia superación. Las hubo españolas claramente discernibles, en especial de Cervantes, de quien tomó para su Falstaff, en *Enrique VI*, rasgos de Sancho, fuera de haber sacado del *Quijote* el argumento y tal vez frases y pensamientos para su *Cardenio*, obra perdida. Hubo influencias de Ovidio y de los latinos, la hubo de Montaigne cuando el erudito Florio tradujo los *Ensayos*. Tomó obras y argumentos de escritores antiguos o contemporáneos, echó mano de comedias que se representaran poco antes en Londres mismo, pero lo ajeno, al pasar por su alquimia, se hacía suyo; en todo caso se hacía eterno. ¿Puede hablarse de plagio, de calco? Mezquinas palabras, medidas que no sirven para ciertos espíritus. El genio está más allá del plagio; el genio, por otra parte, está siempre más allá del bien y del mal.

II

Se lee en las Sagradas Escrituras que el espíritu de Dios sopla donde quiere. Y así brota el genio, enfermedad del fruto humano según pretenden científicos, acaso como la perla en la ostra, fruto del espíritu divino para quienes ponen su esperan-

za más allá del diario afán. Brota, por misteriosa disposición, fuera de las leyes de la herencia; aparece en las viejas civilizaciones decadentes, se impone en el apogeo de las culturas, irrumpe en los pueblos y en las razas que nacen; brillan en él las luces del alba, la tibieza dulce de la mañana o el brillante esplendor del mediodía. El genio no tiene épocas ni frenos visibles y hasta se diría que carece de patria, porque su fuerza tiende a rebasar las fronteras geográficas, a superar las suspicacias raciales, a saltar las barreras idiomáticas. El genio se nutre de sí mismo y si afianza su garra en la tierra es para proyectarse con mayor hondura en el espacio.

Shakespeare nació de padres oscuros en un rincón de campo. En Stratford, durante ese siglo XVII que vió a Cervantes, y a orillas del Avon, donde se deslizaron los años de la infancia y los estremecimientos de su adolescencia que era como el florecer de una nueva primavera sobre el mundo, correrían también los días últimos en la misma época en que se extinguía en España la vida del creador del Quijote.

No fué tan dura la jornada del poeta inglés y su gobierno no le encadenó las alas. Las hadas y geniecillos de los bosques natales le favorecieron la entrada en escena, pagándole en buena moneda el sueño de una noche de verano. Una protección en que se aunaron la viril amistad y la gracia, vino a abrirle las puertas de la fortuna. Pocos artistas han tenido suerte semejante y casi ninguno canceló su deuda al Destino de modo tan espléndido. No se infiera que la felicidad andaba de continuo pisándole las talones, porque nunca ocurre con los hombres señalados para crear belleza. La belleza se forja con dolor, el arte se nutre de tristeza y a sus cultivadores corresponde trasmutar la hiel en oro; el propio Shakespeare decía que no había mejor tinta que las lágrimas.

El hombre de Hamlet conoció el sabor de las vicisitudes y hasta tuvo alguna vez en peligro su cabeza, porque su familia era católica y él mismo se casó de acuerdo con el rito católico durante la época más dura de la persecución isabelina. Pero el comienzo de la vida parecióle dichoso en los bosques de la tierra materna, y con el brotar de la savia se inició su idilio con Ana Hathaway, linda moza que le aventajaba en años, compañera de sus primeros trabajos; a su lado, en el paterno hogar, comenzó la mañana y terminó la tarde, porque lo demás —la vida entera en medio y la obra— se deslizó en ausencias,

al azar de las cortes, sobre los tinglados que los cómicos armaban en los salones de los palacios o en los patios de las fondas aldeanas, cuando no en ese teatro de Burbage o en esotro del *Globo*; se deslizó bajo el signo de otros amores más hondos, si bien menos serenos, y de ocupaciones en que el espíritu llenaba un espacio superior al de todo amor posible.

Supo de aventura en esa aventura maravillosa de su existencia. Supo de amor más que artista alguno de su tiempo. Fué poeta entre los poetas. Fué doctor de almas y nadie le aventajó en esa ciencia amarga que es el estudio del hombre. Veía en un arco de centurias. Leía en los astros y en las hojas. Su pluma tenía del escalpelo y del ala.

Era en lo físico apuesto, de buen cuerpo y talle que vieron gentil en la mocedad y nunca perdió su garbo. El rostro de facciones muy regulares, los ojos hermosos y profundos, la voz de timbre grato, como para seducir a los públicos. Noble de porte, cuidado en el atavío, discreto en los ademanes, muy cultivado de espíritu y de lengua fácil, estaba hecho para cautivar.

Fué regular actor, según parece, y nada le era tan grato como la naturalidad, pero ya que lo ampuloso estaba de moda en tiempo de Isabel, otros gozaron de mayor favor, siendo Burbage protagonista de casi todas sus obras. No obstante, gozó de prestigio en la comedia y un contemporáneo suyo, Davies of Hereford, llegó a componer un epigrama en que decía: «Si no hubieras interpretado en la escena papeles de reyes, habrías podido ser el amigo de los reyes y reinar sobre el pueblo, como lo haces, además, por tu ingenio».

Llegó, efectivamente, a ocupar el primer lugar en la escena inglesa, el primer puesto entre los autores del teatro del mundo. Y vale apuntar que en esta opinión han coincidido los maestros de alguna nota en el oficio.

De su vida, de la cual hay no pocas noticias escrutadas por los eruditos modernos, bien que sean incompletas y dejen lugar a lagunas, puede en síntesis repetirse que se considera relativamente afortunada, y cuando subió al trono Jacobo, que protegió el teatro más que monarca alguno en la historia de Inglaterra, se tornó fácil y hasta espléndida. Con los aplausos llovían las guineas y vinieron los bienes en abundancia. Tuvo casas, granjas y jardines; crecieron los hijos... Y mientras la madre y la mujer manejaban la rueca, junto al hogar, aguar-

dándolo, allá iba por el país de Escocia y el suelo inglés la compañía de los «Comediantes del Rey», envueltos sus miembros en la roja túnica de gentileshombres, que albergaba a todos los intérpretes shakesperianos, porque era costumbre que los hombres desempeñasen también los papeles femeninos. Allá iban, de pueblo en pueblo, embrujando a las gentes con las escenas de *Julio César*, el *Rey Lear*, *Macbeth*, *Ricardo II*, *Otelo*, *Coriolano*. . . Allá iban, pintando risa en los rostros juveniles con los pasajes del *Sueño de una noche de verano*, *La fierecilla domada*, *Las alegres comadres de Windsor*, *Mucho ruido para nada*, *Como gustéis*. . . Allá iban, tocando la escondida fibra que dormita hasta en las almas inferiores, con las tragedias de *Romeo y de Hamlet*.

Es curioso anotar que *Hamlet*, o sea *La venganza de Hamlet*, como rezaba el título primitivo, estrenada en años de apogeo, fuera la primera de sus grandes tragedias, no sólo en calidad sino también en data, pues tal vez la escribió a filo de los veinte años, si no antes (1). Bien es cierto que iba mejorándola a medida que crecía en experiencia y acaso la versión que conocemos contenga las correcciones de una vida. No puede afirmarse ciertamente que sea su principal obra maestra, porque decidirse por alguna es tarea demasiado ardua, pero no hay ligereza en afirmar que ninguna otra expresa y concentra mejor las virtudes de su teatro.

Una de las particularidades más notables de Shakespeare, acaso, es su conocimiento perfecto de los usos y del lenguaje de la corte; parecía no sólo que hubiese nacido en medio de ella, sino, también, que llevaba en la sangre el hábito de ser buen cortesano y de manejar noblemente la espada. Hasta tal extremo era correcta su visión del gran mundo londinense, que dió origen a una de las más absurdas leyendas que se hayan tejido sobre él, leyenda que parecería farsa de ingenios desocupados si no le hubiesen dado crédito ensayistas con fama de seriedad: la de que Shakespeare no es Shakespeare sino Bacon. Y vino una especie de moda en atribuir la paternidad de su teatro al astuto canciller británico, hombre de inteligencia superior, tan fuerte en filosofía como ducho en intrigas, cuyo desleal proceder en el caso de Essex no ofreció atenuantes. Decíase que el actor de Stratford, de origen humilde, nunca pudo tener ocasión de conocer los usos de la corte en la forma perfecta de que se da prueba en las obras suscritas con su nombre;

que otro, que viviría en el seno de la nobleza, en la intimidad de la reina Isabel, debió escribirlas, y por guardar el incógnito se daría trazas para encontrar un padrino tan postizo como discreto. ¿Quién mejor para el caso que ese buen Shakespeare, y quién, sino Bacon, que tan alto cargo ocupaba en el gobierno y era además escritor de primer orden, podía reunir las condiciones requeridas en el verdadero autor, a más del interés para no ser conocido, ni siquiera sospechado? La leyenda, que encontró algunos adeptos de los que siempre andan a caza de novedad, llegó hasta las playas de América (2); sin embargo su principal argumento caía por la base, pues el hecho de que los cómicos representasen a menudo en los castillos de la nobleza, de que los frecuentara la gente de posición social, de que se les llamase a actuar ante la reina, bastaría a justificar el conocimiento que del lenguaje y costumbres cortesanas pudiera alcanzar un hombre de las condiciones reveladas por el autor de *Enrique VIII*. Más tarde, el examen de la amistad íntima que le unió a Henry Wriothesley, pudo explicarlo sobradamente; pero cuando estaba en todo su favor la fábula, este orden de investigación era poco conocido.

Si el alma misma de Shakespeare, por la complejidad extraordinaria de sus calidades y potencias, tanto como por los frutos dados, escapa a la percepción de los más, pues muy pocos en la legión de sus biógrafos y analistas han podido ahondar en su conocimiento, enriqueciendo los estudios shakesperianos con aportes de alguna médula, ¿cómo extrañarse de que se intentara someter a proceso póstumo la identidad de su obra?

Pero lo que nunca será puesto en debate, lo que jamás será discutido, mientras haya gentes susceptibles de apreciar el arte y la belleza siquiera superficialmente, es la valía misma de esa obra. Como decía Macaulay, cuando sobre las ruinas de Londres el viajero curioso busque la ubicación de sus grandes monumentos, acaso sin hallarla, cuando apenas algunas piedras aisladas recuerden que allí existió la capital viva de un imperio que un día extendiera su sombra sobre el mundo, cuando los nombres más famosos de su historia hayan dejado de ser un recuerdo, la obra de Shakespeare, sus creaciones principales, su contenido humano y pasional—las pasiones constituyen lo eterno del hombre—continuarán viviendo.

¿Qué otro dramaturgo de ayer, de hoy o de mañana, podría repetir esa victoria sobre el tiempo?

III

Algo de lo que ocurrió a Cervantes con la *Galatea* y los *Trabajos*, que tal vez reputó superiores al *Quijote*, parece haber sucedido al creador de Shylock, que tuvo en demasiada estima sus poemas menores. Acaso por estar dedicado a Southampton debió preferir *Venus y Adonis*, poema amable. Superior en fuerza dramática, *Lucrecia* lleva su sello inconfundible: la hermosura y riqueza del tema daban para tanto. Pero si esa preferencia de Shakespeare pudiera justificarse, ha de ser en los *Sonetos*, en esos ciento cincuenta y cuatro sonetos que ninguna literatura europea ha conseguido superar en su conjunto.

Por largo tiempo aquella serie riquísima de poemas breves, cuyo tema rodaba entre la amistad, el amor y otro más complejo sentimiento que pudiera bautizarse de amistad amorosa, guardó su misterio. ¿Quién era la Dama Morena cuya incógnita sólo ahora parece despejada? ¿Quién el amigo que de tal modo subyugara el corazón del poeta?

Eruditos y sabios han agotado esfuerzos no sin éxito, y las investigaciones de Mr. Spielman, no menos que las de la señora Longworth Chambrun y los de otros autores, permiten afirmar que el inspirador, el amigo, fué Henry Wriothesley, conde de Southampton y barón de Tichfield, que le era Mecenas y recibió, además, la dedicatoria de sus otros poemas principales (3).

Henry había nacido para imperar y seducir. Todas las hadas y las gracias parecían haberse dado cita en su cuna, según refiere la señora Longworth Chambrun. Era, pues, una suerte de hombre arquetipo para quien, como Shakespeare, vivía en permanente función y tensión de belleza. Con los acentos de sensibilidad, de nobleza de alma, que parecieron caracterizarle, constituía, por otra parte, una invitación a la amistad. Debía ser el perfecto amigo y así se desprende de los sonetos que el poeta le dedicara, dato corroborado por la acuciosidad de biógrafos modernos bien documentados. Se conocieron en una hostería o en otro sitio de aventura en donde el actor tuvo ocasión de prestarle algún servicio de aquellos que no se olvidan con facilidad, y desde ese punto y minuto les unieron lazos

que habrían de triunfar del tiempo y de la muerte. Era como si hubiesen nacido bajo un mismo signo de astros.

Shakespeare ha descrito la naturaleza de sus sentimientos en *palabras sencillas*, que no se prestan a interpretaciones ingratas. «Sólo la amistad, que para mí es la forma más bella del amor, nos aproxima».

La actitud británica frente a murmuraciones malévolas ha sido de dignidad ejemplar: los ingleses nunca incurrieron siquiera en alusión, y el desdén vale por juicio y homenaje, que nada puede tanto en el castigo de agravios como el ignorarlos.

Henry era, a pesar de su extremada juventud, mozo de educación clásica, dotado de perspicacia y buen gusto excepcionales, que se explican en parte por la afición al teatro y a las letras heredada de su padre. Tenía criterio seguro y sus consejos y sugerencias debieron ser utilísimos al poeta. Se sabe, desde luego, que no sólo inspiró los mejores sonetos, sino, también, pudo proporcionarle el tema de varias obras dramáticas; puede citarse *La tempestad*.

Tenía Wriothsley, a su alrededor, una pequeña corte lírica cuyos miembros pasaban el tiempo tejiéndole versos y loas, en ardiente rivalidad de adulo, porque su débil era el halago. No se sustrajo Shakespeare y fué tal vez el que con mayor sinceridad pudo prodigárselo. Más tarde, cuando a raíz de la trágica conspiración de Essex, que tenía por objeto defender las libertades de Inglaterra contra la opresión religiosa y política de la camarilla que rodeaba a la reina, se vió Henry condenado a muerte, sentencia que a última hora le conmutaron, puso a su cabecera, en la Torre de Londres, una colección de los *Sonetos* maravillosamente encuadernada, con dedicatoria autógrafa al «uno entre los únicos y siempre tal».

Esa amistad, como toda unión de almas, tuvo altas y bajas, especialmente en las raras oportunidades en que la intriga de los colegas cortesanos lograba herir susceptibilidades e insinuar sospechas; pero la mayor sombra provino de la Dama Morena, a la cual los dos amigos cortejaron en cierta época.

¿Quién era esa *Dama Morena* que pintó con colores tan vivos y en expresiones que tocan, más que en lo admirativo, en lo sensual? Una joven burguesa casada con el posadero de la hostería de la Corona; pequeña, vivaracha, dotada de mucho *sex-appeal*, no exenta de ingenio, algo música y de linda voz. No fué mujer fácil, sin duda, pues el haberlo sido la hubiese

privado del interés que a ambos inspiró, poniendo salsa de celos en el banquete que tal vez compartieron. Llamábase Mrs. Davenant, y su hijo, presunto hijo del maestro, poeta mediano, se complacía más tarde en recordar lazos que lo honraban ciertamente. Parece que la señora Davenant, a pesar de su coquetería nada tímida, amó de verdad a Shakespeare y hasta anduvo cerca de sacrificarle su posición y aun su prestigio social, que no era entonces escaso sacrificio ni ha dejado de serlo todavía. Tocante a sus relaciones con Wriothesley, no pasaron los límites de una aventura galante, pues, atraído por lazos que culminaron en el matrimonio, Henry no tardó en renunciar a toda rivalidad.

El joven lord era aficionado a los cómicos y andaba en los escenarios como por su casa, lo que valió a los artistas, advenido Jacobo al trono, una situación de preeminencia relativa que les equiparaba a los gentiles hombres, título que alcanzó Shakespeare en el meridiano de su labor creadora. No cabe duda de que el bienestar económico, el éxito social y mundano, provenientes del apoyo de Southampton, unidos a la gloria alcanzada por el dramaturgo en su madurez, posibilitaron el nacimiento de muchas piezas eternas. Por este capítulo ¿cuánto debe el mundo a esa amistad?

Desde luego, los *Sonetos*. Tanto éxito tuvieron en su tiempo—nuestro autor fué de los raros profetas vivos en su tierra—que Francis Meres, crítico contemporáneo, decía hacia 1598: «El alma fina y espiritual de Ovidio vive todavía en el dulce Shakespeare, el de la lengua de miel».

Fué profeta en su tierra realmente y como privilegio es éste de que contadísimos artistas pueden ufanarse, abramos breve paréntesis: De él dijo Ben Jonson: «Eres un monumento sin tumba, y vivirás mientras viva tu libro y haya inteligencias para leerlo y elogios que tributar». Shelley diría más tarde (*Defence of Poetry*) que es «el más perfecto espécimen de arte dramático existente en el mundo».

No hemos de añadir palabras banales a elogios consagrados por la unanimidad del talento y de la comprensión humanos, ni hemos de entretenernos en mayores disquisiciones en torno a los *Sonetos*. (4) Pero sí, casi al azar, abriremos algunas páginas del poeta, tomando su pluma con respetuoso atrevimiento.

Se lee en el soneto CXII: «Vuestro amor y vuestra piedad

borran la marca que el escándalo vulgar imprimió sobre mi frente. ¡Qué me importa que digan de mí bien o mal, si abrigáis mis defectos y aprobáis mis cualidades! Sois para mí el universo entero...». «Estáis tan profundamente enraizada en mi alma, que el resto del mundo me parece muerto».

Y en el soneto LV: «Cuando la destructora guerra derribe las estatuas y los transtornos socaven las construcciones de piedra, ni la espada de Marte ni las llamas devoradoras podrán derruir el vivo monumento de vuestra memoria. Orgullosamente avanzaréis ante la muerte y la enemistad y vuestro elogio encontrará sitio ante los ojos de toda la posteridad que pueble el mundo hasta la sentencia última».

Insistiendo en esta idea, con la más orgullosa afirmación escapada de su mano, añade en el soneto LXXXI: «Mis versos serán para vos un monumento que han de releer ojos aun no engendrados, y lenguas por nacer repetirán vuestros méritos cuando todos aquellos que respiran en este mundo hayan muerto. Viviréis, aún, tanta virtud hay en mi pluma, allí donde por excelencia la vida respira; es decir, en la boca de los hombres» (*).

* *En torno a Shakespeare*, fué leído en la velada inaugural del Instituto Chileno-Británico de Cultura correspondiente a 1945.

NOTAS

(1) Según una ingeniosa teoría del erudito español Luis Astrana Marín, formulada en el estudio preliminar que precede su versión castellana de las Obras Completas de Shakespeare (edición Aguilar, Madrid), el poeta habría estado en Dinamarca, en Elsinor, con otros comediantes que acompañaron a cierta embajada inglesa, siendo recibidos magníficamente por el rey Federico II en el castillo de Kromborg.

Escribe Astrana «Hoy, no obstante, sabemos nosotros por datos del escritor danés T. de Jessen, facilitados no ha mucho, en 1916, que existen motivos para creer que Shakespeare estuvo con su compañía o asistió personalmente en Dinamarca a la inauguración del Castillo de Kromborg, o de la Corona . . . ».

«El aludido Castillo de Elsinor—agrega—donde coloca la acción Shakespeare, no acabó de construirse hasta 1582. Allí está el jardín, la magnífica terraza sobre el mar, desde donde se divisan las formidables rocas; la esplanada batida por el fuerte viento, donde se hacían las guardias, todo, en fin, tal y tan exactamente como Shakespeare lo describe, que no se llevaría a cabo de no haberse visto».

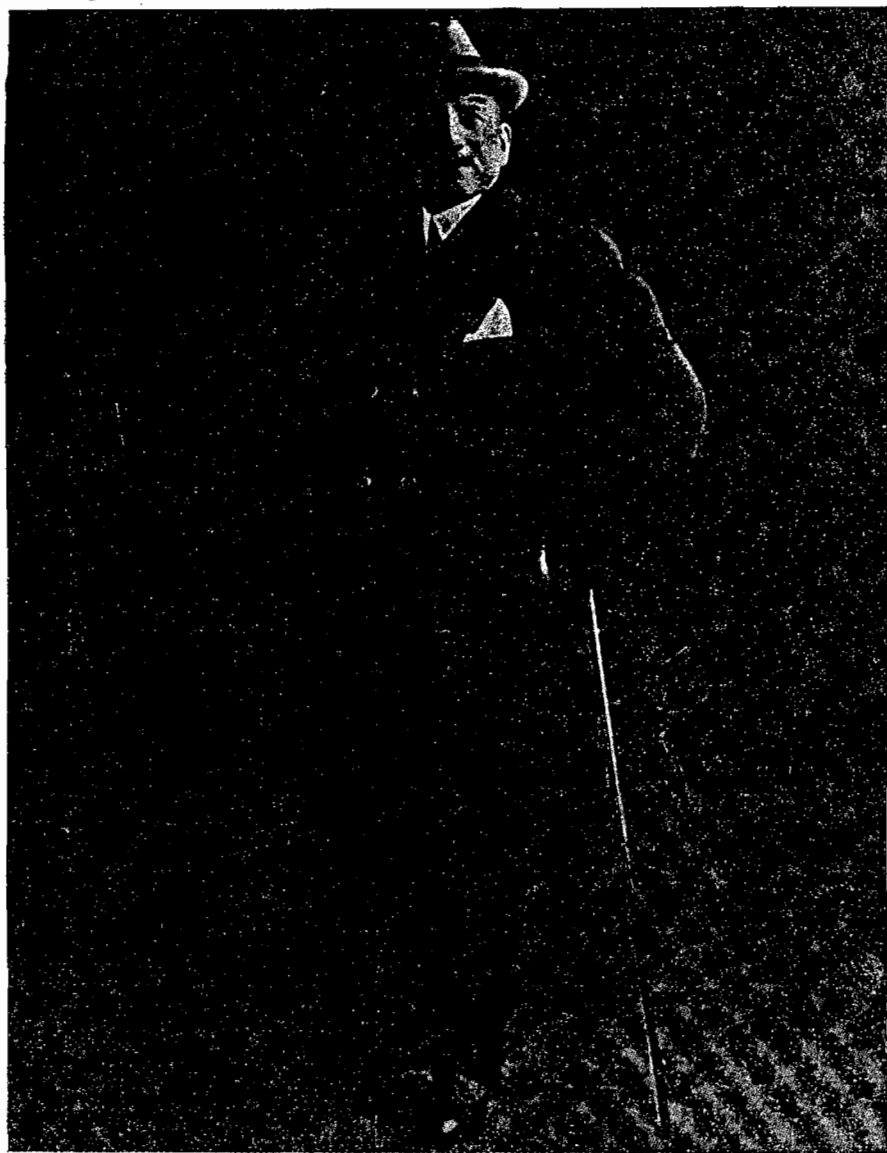
Añade el escritor de marras antecedentes que llevan a meditar.

Hamlet, según algunos, se habría estrenado después de 1598, pero escritores documentados, estiman que fué una de sus primeras producciones dramáticas, bien que ello no se oponga a que la primera representación datase de años muy posteriores. Nuestra suposición de que habría recibido retoques y cambios durante largo espacio de tiempo, hasta llegar a la versión conocida, parece en todo caso válida.

(2) En Chile doña Martina Barros de Orrego dió una conferencia sobre el tema en el Club de Señoras de Santiago, hacia 1917. En su trabajo, la distinguida escritora se manifestó tan convencida de la tesis que sostenía, que un conocido hombre público, estimado por su erudición, mandó encuadernar de nuevo las obras de Shakespeare, haciendo grabar en el lomo: *Bacon's Works*.

(3) Se creyó, un tiempo, que el inspirador había sido el joven conde de Pembroke, William Hervej, conquistado por el genio poético de Shakespeare, pero posteriores investigaciones han resuelto definitivamente el misterio en favor de Southampton. Pembroke, sin embargo, figuró entre los más fieles adeptos del autor de los *Sonetos* y fué uno de los que generosamente contribuyeron a la difusión de su obra.

(4) Hemos traducido los *Sonetos*; trabajo todavía inédito, pues pide prueba de tiempo y severidad de correcciones.



DON LUIS ORREGO LUCO

(ESTADOS UNIDOS, 1923)